

SERMON 1.º

DE LA

ASCENSION DEL SEÑOR.

Vade ad fratres meos et dic eis: Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum.

Vé á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.

Joan. cap. XX, v. 17.

Hoy es el dia grande por escelencia de Jesucristo; hoy es verdaderamente el dia de gozo y de alegría: el dia en una palabra, de Dios; porque hoy es el dia en que terminados los trabajos á que hubo de sujetarse el Salvador, sube triunfante á los cielos para ocupar á la diestra de su Eterno Padre el trono que dejara desocupado, cuando por nosotros los hombres y por nuestra salud descendiera para revestirse de nuestra humana naturaleza, y tomando sobre sí nuestros pecados, ofrecer un sacrificio de rigurosa justicia en el árbol de la Cruz. Y lo ofreció en efecto, concluyendo su vida en el patíbulo de los criminales, despues de haber sufrido angustias, tormentos y dolores crueles, cuya intensidad y profundidad no pueden comprenderse

por nuestro limitado entendimiento. Saliendo victorioso del sepulcro donde habia sido colocado por la piedad de José, triunfa el valeroso Jonás, despues de haber estado tres dias en el vientre de la ballena, habiendo sido preservado de toda corrupcion: triunfa el valeroso y fidelísimo Mardocheo, que hizo se borrara el decreto de muerte á que dió lugar la maldad del mas péfido Amán, y alcanzando por sus padecimientos que aquel decreto quedara clavado en la Cruz, siendo sustituido por otro que colmara las esperanzas del mundo, dándoles generosamente la salud y la vida.

La Iglesia está ya fundada, y Jesucristo se dispone á subir á los cielos, anunciando no por medio de un ángel sino por su misma palabra su gloriosa Ascension. *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum*: subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. ¡Misterio adorable! Jesucristo que tantos beneficios dispensara á las criaturas desde que se revistiera de nuestra naturaleza, sube hoy á los cielos, despues de habernos redimido con el precio de su divina sangre, para desde allí, desde su elevadísimo trono seguir dispensándonos sus bondades, rogando como mediador al Eterno Padre por nosotros. ¿Y habeis considerado, mis hermanos, los justos motivos de nuestro regocijo en la Ascension gloriosa de Jesucristo á los cielos? Con solo que consideréis que el Señor en el misterio de este dia hizo subir hasta lo mas alto del empíreo nuestra misma carne, nuestra propia naturaleza, conoceréis el origen de nuestro regocijo y toda nuestra felicidad. Haciéndose hombre el Salvador, se hizo nuestro hermano, sin dejar por eso de ser nuestro Dios. Dándo-

nos á su Madre en el Calvario confirmó esta verdad, y hoy la muestra mas claramente si se quiere. *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum.* Subo á aquel que es mi Padre y tambien lo es vuestro, que es mi Dios y vuestro Dios. Es decir, esta gloria á que yo subo podrá tambien ser vuestra, porque mi Padre que me la dá á mí, no la negará á vosotros, siendo tambien vuestro Padre, toda vez que sigais mis huellas. Hoy, como se expresa el padre San Leon, no solo queda firmada nuestra posesion del Paraiso, sino que se nos abren por la inefable gracia de Jesucristo las puertas de la gloria que nos fueron cerradas por la envidia del diablo (1).

Deseando yo en esta mañana que os animeis con vivos anhelos á desear la posesion de esa gloria á donde Jesucristo entra hoy triunfante, voy á haceros ver que solo siguiendo sus huellas y amando la mortificacion, podremos conseguirlo con la ayuda de su gracia. Tengo propuesto.

Virgen Purísima, que despues de haber sufrido tantos y tan crueles dolores en la pasion y muerte de vuestro Santísimo Hijo, tuvisteis la inesplicable dicha de hallaros presente al grandioso espectáculo de su Ascension gloriosa á los cielos, alcanzadnos á los que ya somos vuestros hijos la divina gracia, á fin de que podamos comprender toda la hermosura de la gloria á que somos llamados como hijos de la Iglesia. Y á fin de que mis palabras penetren

(1) *Hodie enim non solum Paradisi possessores firmati sumus, sed etiam cælorum in Christo superna penetravimus, ampliora adepti per ineffabilem Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam.* S. Leon, Sermon. I de Ascens. Domini.

al corazon de cada uno de mis devotos oyentes, os suplico, Señora, consigais en mi favor los superiores auxilios que tanto necesito. Mientras tanto, interrumpimos aquí el discurso para saludaros llena de toda gracia. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

¡Qué lengua humana será capaz de explicar ni hacer comprender la hermosura de la gloria! Con solo decir que en ella se halla el sôlido reside la Trinidad augustísima, rodeada de innumerables espíritus angélicos y bienaventurados, que postrados ofrecen sus respetos al Omnipotente, se comprende que allí no hay dolor, ni afliccion, ni desgracia; que todo es gozo y alegría. Contemplad por un momento todo cuanto el mundo ofrece para labrar la aparente felicidad del hombre: figuraos que la fortuna os ha colmado de inmensas riquezas con las cuales adquirís todas las comodidades posibles; que la ciencia que os distingue os ha elevado á ocupar los primeros y mas elevados puestos del Estado; que gozais de una completa salud, y que estais rodeados de domésticos que esperan penetrar vuestra voluntad para complaceros. En tal estado no hay duda que os llamareis felices, y que sereis mirados con envidia por muchos otros á quienes la fortuna no se ha presentado tan lisongera y risueña. Empero parad mientes en todo ello, y vereis la inconsecuencia de las cosas humanas. Poseeis, es verdad, grandes riquezas, pero están espuestas á mil contratiempos, un incendio inesperado, una borrasca en el mar que confundió entre sus encrespadas olas vuestros bajeles cargados

de mercancías; la codicia de los ladrones, ó grandes pérdidas, efecto de grandes empresas, pueden en un momento abandonaros en manos de la miseria. Os regocijareis porque ocupeis una posición distinguida en la sociedad, pero ¿á cuántos hemos visto descender de las más altas cumbres del poder al abismo de la desgracia? Vuestra salud es robusta, pero ¿á cuántas contingencias no está espuesta? ¿No se pierde por cualquier accidente en un momento? Mas yo quiero convenir en que toda vuestra grandeza, todo ese aparato que os deslumbra, os dure todo el tiempo de vuestra vida; pero al fin llegará un día, que será el postrero de vuestra existencia, y concluirán para siempre vuestros honores, dignidad y riqueza, y pasado algún tiempo, ni aun el recuerdo de vuestro nombre quedará en la memoria de aquellos que os daban el título de amigos. ¡Cuán diversa es por cierto la felicidad y grandeza que se goza en el cielo! Allí no hay temor de que tengan fin los gozos verdaderos: allí todo es imperecedero, todo eterno, como eterno é imperecedero es el Dios que ocupa en él el trono de magestad y de grandeza, donde recibe continuas adoraciones. Sobre esto hace oportunas reflexiones el apóstol San Pablo en su carta á los romanos, haciéndoles ver que nada importan los trabajos del mundo, si por ellos hemos de conseguir la gloria venidera que se manifestará en nosotros (1).

En efecto, señores, ¿quién será capaz de explicar la hermosura de aquellas moradas celestiales que no

(1) Existimo enim quod non sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. D. Paul ad Rom. cap. VIII, versículo 18.

edificaron manos de hombres? ¡Oh santa y admirable Jerusalem! ¡Oh grandeza y hermosura de esa tierra prometida, á donde nos conduce y nos guía el divino Moisés, por el desierto de este mundo! ¡Oh patria feliz, abundantísima en delicias! ¿Cuándo llegará el día feliz en que rotas las cadenas que nos aprisionan á este valle de lágrimas, entremos triunfantes en morada tanto consuelo? ¿Cuándo llegará el día en que sin los velos de la fé, veamos cara á cara aquel á quien viera San Juan desde la isla de Patmos, sentado en su trono, del que salían, relámpagos y voces, rodeado de siete ángeles, prontos para ejecutar sus órdenes y ante cuya presencia veinte y cuatro ancianos postrados le daban adoración diciendo: Digno eres Señor, Dios nuestro, de recibir gloria, honra y virtud, porque tú has criado todas las cosas, y por tu voluntad eran y fueron criadas (1)? A esta gloria, pues, á que todos los cristianos aspiramos, es á la que hoy sube Jesucristo, desapareciendo de la vista de los hombres, no con la rapidez de Elías, sino pausadamente y aclamado por los espíritus celestiales. Ya el Salvador había establecido su sacerdocio, había instituido los Sacramentos, había instruido á los Apóstoles, y dejando así formada su Iglesia, sale de Jerusalem, se encamina al huerto de las Olivas, donde saliera antes para empezar el camino del Calvario, y á presencia de sus discípulos y de su Santísima Madre, sube al cielo para recibir de manos del antiguo de los días, es decir, del Padre Eterno, la corona de inmortalidad, el que repartía con él su cetro y su poder. Jesus, pues, ese Hijo del Eterno Padre, á quien vimos pendiente de la

(1) Apoc. cap. IV.

cruz y que hace cuarenta dias que salió triunfante del sepulcro, ha subido á ocupar su sólio en las alturas.

No es solamente, hermanos míos, un tributo de admiracion al contemplar en la Ascension gloriosa de nuestro Redentor á los cielos, lo que la Iglesia exige de nosotros en este dia. Quiere sí que nosotros le sigamos en su gloria, quiere que sepamos que, *ascendens in altum captivam duxit captivitatem: dedit dona hominibus* (1). Es decir, valiéndome de la esplicacion de los Expositores, que Jesucristo subiendo al cielo el dia de la Ascension, triunfó de la muerte y del demonio, y sacándonos de la esclavitud en que estábamos, nos trasladó en su compañía á la amenidad del Paraiso, dejándonos la esperanza de poder llegar á él por sus méritos. Jesucristo subiendo al cielo nos enseñó el camino, segun lo habia predicho un profeta: *Ascendet enim pandens iter ante eos* (2). ¿Qué nos falta, pues? Que asi como admirados contemplamos en la gloriosa Ascension de nuestro adorable Redentor, entremos en la consideracion de todos los actos de su santísima vida, y nos decidamos de una vez á caminar por las sendas de las tribulaciones, por el camino real de la cruz. Si yo fuere alzado de la tierra, habia dicho Jesucristo, todo lo atraeré á mí mismo (3). Asi ha sucedido y sucede segun su palabra. El Salvador que habia bajado para efectuar nuestro rescate, ese es el mismo que subió sobre los cielos para dar cumpli-

(1) D. Paul. ad Ephes. cap. IV, v. 8.

(2) Mich. cap. II, v. 13.

(3) Et ego si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad me ipsum. Joan. cap. XII, v. 32.

miento á todo cuanto de él estaba escrito (1). «Todo lo atraeré á mí.» Y en efecto, tras él fueron los Apóstoles, que despues de llenar cumplidamente su ministerio y dejar á la naciente Iglesia provista de pastores celosos, salpicaron con su sangre los vestidos de la inmaculada Esposa del Cordero. Innumerables cristianos, en cuyo pecho resplandeciera la llama de la fé mas pura, corrieron precipitadamente á recibir la corona del martirio, porque Jesucristo los habia atraído para sí; en tiempos mas bonancibles deseando otros muchos matricularse en la escuela de Jesucristo, unos corrieron á esconderse en los desiertos, otros fundaron austeras órdenes religiosas, y muchos otros sufrían la persecucion y privaciones por predicar entre la gentes el santo Evangelio y propagar la fé del Redentor. Ni fueron solamente los fuertes varones los que gustosos sacrificaron en todo tiempo sus vidas y su reposo por seguir las huellas del Salvador, abrazándose gustosos con la cruz: al lado del valeroso sacerdote vemos sufrir el martirio al valiente soldado, animado tal vez por la delicada doncella ó por la respetable viuda, que tambien gustosas buscan el martirio; y hasta el tierno infante, escitado por el ejemplo de sus mayores, confunde la audacia de los emperadores y tiranos, entrando tranquilo entre las llamas, ó poniendo su cuello bajo el hacha del verdugo. ¿Y efecto de qué causa es todo esto? Efecto de que las profecías todas habian tenido cumplimiento en la persona del Salvador. Efecto de que fué una verdad su muerte, su Resurreccion y su Ascension á los

(1) Qui descendit, ipse est qui ascendit super omnes caelos, ut implet omnia. Ad Ephes. cap. IV. v. 10.

cielos. ¿Quién dió tanta intrepidez á aquellos Apóstoles, que no tuvieron valor para presentarse en el Calvario? ¿Quién les comunicó aquel valor que les llevó por todas partes para predicar la verdad del Evangelio, no obstante las grandes persecuciones que hubieron de experimentar? ¿De dónde recibieron aquella serenidad y gozo con que se presentaron en el lugar de los tormentos? ¿Quién los conducía en sus empresas? Oid á San Pablo: La vista del autor y consumidor de la fé, Jesus, que sufrió la cruz y está sentado á la diestra del trono de Dios (1). Sí: pusieron sus ojos en la Ascension de Jesucristo; fijaron su vista en la mansion feliz á donde entraba triunfante de la muerte, y el Salvador los atraía á sí como el imán al acero: contemplaban con avidez cuán superior era la gloria á que se elevó; que todos sus pasados tormentos y el deseo de acompañar en el cielo al que habia sido su Maestro en la tierra, fué el que les revistió de ánimo y fortaleza.

Seguramente que ellos se pararian en reflexiones que desgraciadamente no ocupan la atencion de muchos cristianos de nuestros dias. ¿Qué nos importa, dirian, el odio de los emperadores, el rigor de los tormentos, ni cuanto podamos sufrir en el corto término de nuestra vida, si ello es nada comparado con la gloria y su duracion? Tras persecuciones y tormentos momentáneos subiremos al régio alcázar del Omnipotente, donde nos veremos circundados de lo *inmenso é infinito*, mezclando nuestros cánticos y alternando en coro con los ángeles himnos de paz

(1) Aspicientes in auctorem fidei et consummatorem, Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempta, atque in dextera sedis Dei sedet. Ad Heb. cap. XII, v. 2.

y de bendicion. A vista de la celestial Jerusalem que nos está prometida, ¡qué mezquinos son los bienes de la tierra, qué falsas sus grandezas, que miserables sus ofertas!

Cuando los israelitas se hallaban cautivos en Babilonia, lloraban tristemente por verse lejos de su patria, y sentados junto á los rios recordaban á Sion: sus instrumentos músicos los colgaron ellos mismos en los sauces, entregándose tan solo al dolor y á las lágrimas. Los que por fuerza les habian conducido á aquel lugar decíanles: «Cantadnos un himno de los cánticos de Sion.» ¿Cómo hemos de cantar nuestros himnos, contestaron, viéndonos cautivos en tierra estraña? Para nosotros no hay alegría fuera de nuestra patria. Antes nos olvidaremos de nuestra mano derecha que de Jerusalem; quédense pegadas nuestras lenguas á las fauces en el momento mismo en que nos olvidemos de Sion (1). Ved aquí, señores, en este pasaje bíblico una pintura fiel de los deseos de un buen cristiano. Nosotros nacimos para el cielo, herencia de que fuimos despojados por la transgresion del precepto impuesto por Dios al primero de los hombres, y herencia que nos rescató Jesucristo con el sacrificio cruento de valor infinito que ofreció á su Eterno Padre en el árbol de la Cruz. Hoy que se eleva á los cielos nos dice: «Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios. *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum.*» Las puertas, pues, de los cielos nos están abiertas: hemos adquirido de

(1) ¿Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena? Si oblitus fuero tui Jerusalem, oblivioni detur dextera mea. Adhæreat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui. Ps. CXXXVI, versículo 4, 5 y 6.